

Mujeres en la literatura grecolatina.

Imágenes y discursos

Homenaje al Dr. Andrés Pociña

Aldo Pricco y Darío Maiorana (comps.)

Stella Maris Moro y María Eugenia Martí (eds.)



Colección *Studia et Nugae*

**Mujeres en la literatura grecolatina.
Imágenes y discursos**

Homenaje al Dr. Andrés Pociña

Aldo Pricco y Darío Maiorana (comps.)

Stella Maris Moro y María Eugenia Martí (eds.)

Colección Studia et Nugae

Mujeres en la literatura grecolatina : imágenes y discursos : homenaje al Dr. Andrés Pociña / Andrés Pociña... [et al.] ; compilación de Aldo Rubén Pricco ; Darío Pascual Roque Maiorana ; editado por Stella Maris Moro ; María Eugenia Martí ; prólogo de Aldo Rubén Pricco. - 1a ed. - Rosario: Stella Maris Moro, 2021.

Libro digital, PDF - (Studia et Nugae / Aldo Rubén Pricco ; 1)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-88-2677-6

1. Literatura Clásica Latina. 2. Literatura Clásica Griega. 3. Antigüedad Clásica. I. Pociña, Andrés. II. Pricco, Aldo Rubén, comp. III. Maiorana, Darío Pascual Roque, comp. IV. Moro, Stella Maris, ed. V. Martí, María Eugenia, ed.

CDD 809.89287

Foto de tapa: Martin Sansarricq

Diseño de tapa y diagramación: Luciano Duyos

Lucretius in love: la mujer y el amor en el De rerum natura

Manuel Molina Sánchez
Universidad de Granada
mmolina@ugr.es

Cuando Valentí Fiol, uno de los traductores más reconocidos de Lucrecio al castellano, en la “Introducción” a su traducción aborda las características de la personalidad del poeta, manifiesta lo siguiente (1983: XVIII s.):

A ningún lector del poema se le hará difícil imaginar a Lucrecio como un espíritu emocionalmente desequilibrado, obseso, mal ajustado con su mundo, lo que, sin pretender a la exactitud técnica, podríamos llamar un neurasténico. Aun descontando lo que en su actitud hay de simple fanatismo de escuela, de las páginas del *De rerum natura* emerge la imagen de un hombre violento en sus emociones y en sus creencias [...]; un alma atormentada, que pugna no tanto para convencer a los demás como para salvarse a sí misma, presa de angustia vital, pesimista, interiormente escindida.

Y culmina su exposición aceptando la noticia de San Jerónimo sobre el suicidio del poeta (*ibid.*):

Que un hombre mentalmente desequilibrado como el que creemos adivinar aquí, melancólico y torturado, pusiera término a su vida en una crisis de depresión, nada tiene de inverosímil, y lo prudente es, por tanto, aceptar sin más la escueta información de San Jerónimo [...]; su fin habría sido así un trágico ejemplo de aquel odio a la vida

que, como dice el mismo poeta, es un producto del temor a perderla.

Ciertamente estas manifestaciones son una muestra de la hostilidad con que la Historia, ya desde época romana, ha tratado a Lucrecio. ¿Por qué –se pregunta Greenblatt– la ausencia de noticias sobre Lucrecio en un mundo, la Roma del siglo I, lleno de curiosidad literaria, de rivalidades y murmuraciones, pese a la notoriedad de su nombre y de su destinatario? “La respuesta –dice Greenblatt– (si no se reduce todo a que ha sobrevivido por obra del azar solo aquello de lo que disponemos) puede hallarse en el hecho de que el poema se sitúa en una relación tensa y contrapuesta frente a los valores romanos básicos de la época” (2012: 6). Desde luego sospechoso es cuando menos el silencio que Cicerón (muy probablemente su editor), Virgilio y Horacio guardan sobre el poeta, mientras no tienen ningún reparo en imitar muchos de sus versos. Curiosamente será otro poeta proscrito, Ovidio, quien abiertamente hable del “sublime Lucrecio” (*Am.* 1,15, 23).

Pero donde se evidencia más a las claras esta marginación es en la tradición cristiana occidental. Pese a su revitalización en el Renacimiento italiano, su acogida más o menos tardía en países como Francia, Inglaterra y Alemania, Lucrecio siempre ha sido un *poeta damnatus* y, desde esta perspectiva, su discurso puede definirse como fisura ideológica, como revulsivo en el pensamiento dominante occidental.¹

Pues bien, nuestra pretensión hoy aquí, paradójicamente, es reivindicar la figura de Lucrecio en un tema poco propicio al encomio para la ideología epicúrea: la mujer y el amor. Advertimos, no obstante, ya desde ahora que la visión lucreciana

¹ Véase al respecto Molina Sánchez (2017 y 2018).

sobre este tema no es positiva. Tendremos que hilar muy fino para encontrar aspectos en los que Lucrecio se muestra favorable al regocijo amoroso.²

Porque, qué duda cabe de que, si uno lee el final del libro IV, donde el poeta expone su teoría sobre el amor, puede llegar a la conclusión a la que llegaba Valentí. Oigamos si no al vate describiendo las locuras del amor (IV, 1076-1083):³

En el momento mismo de la posesión el ardor de los amantes fluctúa incierto y sin rumbo, dudando si gozar primero con las manos o los ojos. Apretujan el objeto de su deseo, infligen dolor a su cuerpo, a veces imprimen los dientes contra los labios amados y los lastiman a fuerza de besos; porque no es puro su placer y un secreto aguijón los instiga a hacer sufrir aquello mismo, sea lo que fuere, de donde surgen estos gérmenes de furor.

O la insaciabilidad del deseo amoroso (IV, 1097-1120):

Como un sediento que, en sueños, anhela beber y no encuentra agua para apagar el ardor de su cuerpo; corre tras los simulacros de fuentes y en vano se afana y sufre sed en mitad del turbulento río en el que intenta beber; así en el amor Venus engaña con imágenes a los amantes; ni sus ojos se sacian de contemplar el cuerpo querido, ni sus manos pueden arrancar nada de los tiernos miembros, que recorren inciertos en errabundas caricias. Finalmente, cuando, enlazados los miembros, gozan de la flor de la

² Sobre el tema del amor en Lucrecio y el epicureísmo se ha investigado mucho. Véanse, entre otros, los trabajos de Stearns (1936), Flacelière (1954), Vertue (1956), Kleve (1969), Goar (1971), Grilli (1971), García Gual – Acosta Méndez (1974), Taladoire (1974), Snyder (1976), Betensky (1980), Molina Sánchez (1982), Arkins (1984), Fitzgerald (1984), Brown (1987), Nugent (1994), Mas Torres (2018: 217-250), Chason Takakjy (2018: 47-113).

³ La traducción de todos los textos de Lucrecio procede de Valentí Fiol (1983).

edad y el cuerpo presente el placer que se acerca y Venus se aplica a sembrar el campo de la mujer, entonces se aprietan con avidez, unen las bocas, el uno respira el aliento del otro, los dientes contra sus labios; todo en vano, pues nada pueden arrancar de allí, ni penetrar en el cuerpo y fundirlo con el suyo; pues esto dirías que pretenden hacer, y que tal es su porfía. Con tal pasión están presos en los lazos de Venus, mientras se disuelven sus miembros por la violencia del goce. Por fin, cuando el deseo concentrado en los nervios ha encontrado salida, hácese una breve pausa en su violenta pasión. Vuelve luego la misma locura y el mismo frenesí, y porfían en conseguir el objeto de sus ansias, ni pueden descubrir artificio que venza su mal; así, en profundo desconcierto, sucumben a su llaga secreta.

Y si hablamos de la mujer, su desprecio no puede ser más notorio, como refleja este pasaje en el que se burla de los defectos femeninos (IV, 1149-1170):

Sin embargo, aunque estés amarrado y maniatado, podrías escapar del enemigo si no te lo impidieses tú mismo y no empezaras cerrando los ojos a los defectos, morales y físicos, de la mujer que pretendes y quieres. Esto es lo que hacen comúnmente los hombres cegados por la pasión, y le atribuyen en cambio méritos de los que en verdad está ayuna. Así vemos mujeres repugnantes y en todo punto deformes ser adoradas y tratadas con los mayores honores. Y todavía los unos se ríen de los otros y se dan mutuos consejos para aplacar a Venus y para librarse de su vergonzosa pasión; y los desdichados son ciegos para sus propias miserias, acaso mucho peores. La carinegra es “color de miel”; la asquerosa y maloliente, “sencilla”; la ojizarca, una “imagen de Palas”; la que es todo cuerdas y madera, una “gacela”; la menuda y enana, “una de las Gracias”, “puro granito de sal”; la gigante y corpulenta es un “prodigio”, “llena de majestad”; si es tartamuda e incapaz de hablar, se dice que “cecea”; la

muda es “recatada”; la chismosa, llena de mala intención y encono, es una “antorcha ardiente”. Un “tierno amorcillo” es la anémica, que apenas si puede vivir; “delicada”, la medio muerta de tanto toser. La obesa y tetuda es “Ceres dando el pecho a Baco”; la chata es una “Silena”, una “Satiresa”; la de labios hinchados, “un nido de besos”. Sería cosa de nunca acabar si intentara agotar este punto.

El amor es, pues, básicamente para Lucrecio una necesidad fisiológica que hay que satisfacer. Lo cual no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que uno de los principios fundamentales del epicureísmo es la satisfacción de las necesidades vitales. Y el amor, en este sentido, es un impulso imprescindible para la fecundación, que, en definitiva, es la que garantiza la continuidad de la especie. Así nos lo enseña la naturaleza, donde los demás seres vivos animados se reproducen por el impulso de Venus. Claro que, *sensu stricto* –y Lucrecio lo sabe y lo explica perfectamente–, el motor de la regeneración no es el amor, sino el placer sexual. De ahí que el poeta recomiende evitar los peligros del amor, que tantos males procura, y colmar nuestros deseos con promiscuidad, sin ataduras ni servidumbres (IV, 1058-1072):

Esto es Venus para nosotros; de aquí Amor tomó su nombre; así Venus empieza a destilar en nuestro corazón aquella gota de dulzura, a la que sigue el cuidado glacial. Pues aunque el ser amado está ausente, a mano están sus imágenes, y su dulce nombre resuena en nuestros oídos. Pero conviene huir de tales imágenes, evitar lo que da pábulo al amor y volver la mente a otras ideas: descargar el humor acumulado contra un cuerpo cualquiera, antes que retenerlo y guardarlo para un único amor, y procurarse así cuitas e inevitable dolor. Pues la llaga se aviva y se hace crónica si la alimentas, y la locura crece

de día en día y se agrava la pena, si no borras la primera herida con nuevos golpes y no la curas de antemano, mientras es reciente, con el trato de Venus vagabunda, o no puedes desviar tu espíritu hacia otros objetos.

Detrás de todos estos planteamientos lo que subyace en el fondo es la antigua distinción romana, presente a lo largo de toda su historia, entre amor-pasión y amor-fecundación.⁴ El primero es el amor de los jóvenes, el amor desenfrenado que solo se alimenta de la vana ilusión. El segundo corresponde al amor conyugal, el amor legítimo que el estado romano apoyará en todo momento. Pues bien, lo que Lucrecio critica con vehemencia es el amor-pasión. Y ello por cuatro motivos, contrarios a la *ataraxía* epicúrea: primero, hace al hombre esclavo del amor y, por tanto, le arrebató su libertad; segundo, rebasa los límites fijados por la naturaleza, pues el deseo amoroso no llega a saciarse jamás; tercero, crea desequilibrio en la sociedad, ya que el amante descuida sus obligaciones para con ella; y cuarto, produce ceguera mental, por lo que se anula la única vía posible de conocer la verdad: la luz de la razón.

Desde esta perspectiva el papel de la mujer es absolutamente negativo, porque es la causante, la que propicia y da lugar al desenfreno amoroso. Dicho de otro modo, es el medio de que se vale la naturaleza para provocar pasión en el hombre. A lo sumo es un cuerpo, un receptáculo necesario para la procreación. De ahí los consejos de Lucrecio al varón, para que no se encandile con ninguna (IV, 1171-1174):

Pero admitamos que su rostro sea tan bello como quieras
y que el encanto de Venus emane de todos sus miembros:
sin duda, otras habrá como ella, hasta ahora bien hemos

⁴ Cf. Grimal (1980: 1-11).

vivido sin ella; sin duda hace, y bien lo sabemos, las mismas cosas que las feas.

Admite, sin embargo, que el placer sexual no es exclusivo del varón, sino que el goce es mutuo (IV, 1192-1196... 1207):

Pero los amorosos suspiros de una mujer no siempre son fingidos cuando, abrazada al varón, enlaza miembro con miembro y le chupa los labios húmedos con sus besos. A menudo es sincera y anhela participar en el goce, cuando excita al varón a recorrer la amorosa carrera... Por tanto, una vez más lo repito: el goce es común.

¿Cuáles son entonces aquellos aspectos positivos de los que hablamos al principio? Pues, al margen de esta última consideración, hemos de reconocer que todos, en mayor o menor medida, están relacionados con el papel de la mujer como madre, es decir, con ese otro amor del que hemos hablado: el amor-fecundación. Precisamente este es el tema con que Lucrecio abre su obra, personificado en la figura de Venus, como diosa del amor, del placer sexual, del poder vivificador de la naturaleza, de la alegría de la creación (I.1-20):

Madre de los Enéadas, deleite de hombres y dioses, alma Venus, que, bajo los signos que en el cielo se deslizan, hinchas de vida el mar portador de naves y las fructíferas tierras; pues gracias a ti toda especie viviente es concebida y surge a contemplar la luz del sol: ante ti, diosa, y a tu advenimiento huyen los vientos, huyen las nubes del cielo, la industriosa tierra te extiende una muelle alfombra de flores, las llanuras del mar te sonríen y un plácido resplandor se difunde por el cielo. Pues en cuanto la primavera descubre su faz y cobra vigor el favonio, soltando su soplo fecundo, te saludan primero, oh divina, las aves del aire y anuncian tu llegada, turbados sus pechos por tu poder; después, fieras y

rebaños retozan por los lozanos pastos y cruzan los rápidos ríos: así, prendidos de tu hechizo, te siguen todos afanosos por donde quieras guiarlos. En fin, por mares y montes y arrebatados torrentes, por las frondosas moradas de las aves y las verdeantes llanuras, hundiendo en todos los pechos el blando aguijón del amor, los haces afanosos de propagar las generaciones, cada uno en su especie.

La explicación es sencilla. El objetivo primordial de la obra de Lucrecio es alejar la superstición y el miedo del corazón de los hombres, demostrar que todos los fenómenos que acontecen en la Tierra tienen una explicación natural. Para ello elabora una exposición científica de las causas que operan en la naturaleza, tomando como principio fundamental que “nada es engendrado de la nada por obra divina” (I, 150) y que “nada retorna a la nada” (I, 266). Aquí tenemos ya el papel preponderante que fecundación y reproducción juegan en Lucrecio. Para la física epicúrea todo se reduce a átomos y vacío y a la unión de esos átomos para propiciar el nacimiento de nuevos seres. Por tanto, fecundación y reproducción garantizan el ciclo vital y posibilitan la continuación de las distintas especies en la Tierra. De ahí ese colorido lingüístico que presenta la “Invocación a Venus” que acabamos de citar. Y esta es la razón que explica el marcado acento positivo que caracteriza a aquellos pasajes en que Lucrecio trata el tema de la perpetuación de la especie por la reproducción. En ellos, cuando se alude a la mujer, se alaba su papel como madre y se vincula su relevancia con la procreación, la descendencia y los hijos. Así, cuando describe las condiciones de vida del hombre primitivo, después de ensalzar el amor libre, natural y fecundante de los primeros estadios de la humanidad, elogia el

nacimiento de la familia con la implantación jurídica del matrimonio (V, 1011-1018):

Después, cuando supieron hacer chozas y servirse de pieles y del fuego, y la mujer, unida al varón, se limitó a uno solo, y conociéronse <los placeres de la vida conyugal >, y los padres vieron a la prole nacida de su sangre, entonces empezó la raza humana a suavizar sus costumbres. Pues el fuego hizo que sus cuerpos frioleros no pudiesen ya sufrir el frío bajo la bóveda celeste, Venus amenguó sus fuerzas y a los hijos, con sus caricias, les fue fácil doblegar el natural altivo de los padres.

Por tanto, como fácilmente se infiere, el prototipo de relación amorosa, el matrimonio, solo tiene sentido para Lucrecio en función de los hijos. Y solo desde esta perspectiva, como único marco legal que en la sociedad romana garantiza una descendencia jurídicamente aceptable, apoya Lucrecio el matrimonio. Pero por sí mismo, al margen de la prole, como vínculo de amor entre los esposos, no tiene cabida en la felicidad epicúrea de Lucrecio.

Por eso mismo resulta sorprendente que, después de los muchos versos dedicados a enaltecer el placer sexual *per se* y a subrayar la función puramente reproductiva de la mujer, el poeta enemigo del amor, duro, crítico e intransigente ponga fin a su visión del tema con un pasaje, no diríamos que positivo, pero sí complaciente con la relación de pareja. El texto se expresa en los siguientes términos: “algunas veces” y “bajo ciertas condiciones” es aceptable una vivencia conyugal. Las condiciones son todas relativas a la mujer: una conducta adecuada, suave carácter, aseo y cuidado personal (IV, 1278-1287):

Y no es tampoco por acción divina o por las saetas de Venus que a veces es amada una mujeruca de escasa belleza. Pues a menudo lo consigue la propia mujer por su conducta, su suave carácter, el aseo y cuidado de su persona, y fácilmente induce a compartir su existencia. Por lo demás, el hábito engendra el amor. Pues lo que es golpeado sin tregua, aunque los choques sean leves, cede a la larga y se derrumba. ¿No ves cómo hasta las gotas que caen en la peña acaban con el tiempo perforándola?

Tal vez el poeta más materialista, auténtico y racional de Roma, pero humano y mortal, comprendía también que el afecto, el cariño y la convivencia son la expresión más pura y duradera del amor.

Bibliografía

Fuente

Valentí Fiol, E. (ed.) (1983 [1962]). *T. Lucrecio Caro. De la naturaleza*. Madrid: C.S.I.C.

Estudios

- Arkins, B. (1984). "Epicurus and Lucretius on Sex, Love, and Marriage". *Apeiron*. 18.2: 141-143.
- Betensky, A. (1980). "Lucretius and Love", *The Classical World*. 73.5: 291-299.
- Brown, R. D. (1987). *Lucretius on Love and Sex: A Commentary on De Rerum Natura IV, 1030-1287 with Prolegomena, Text and Translation*. Leiden: Brill.
- Chason Takakjy, L. (2018). *Poetic Genetics: family, sexual reproduction, and community in Lucretius' poem De Rerum Natura*. Dissertation presented to the Faculty of the Graduate School of The University of Texas at Austin in partial fulfillment of the requirements for the Degree of Doctor of Philosophy. Austin: University of Texas.
- Fitzgerald, W. (1984). "Lucretius' Cure for Love in the *De Rerum Natura*". *Classical World*. 78.2: 73-86.
- Flacelière, R. (1954). "Les Épicuriens et l'amour". *Revue des Études Grecques*. 67.314/315: 69-81.
- García Gual, C. y Acosta Méndez, E. (1974). "El amor y la amistad", en *Ética de Epicuro*. Barcelona: Barral, 241-257.
- Goar, R. J. (1971). "On the end of Lucretius' fourth book". *Classical Bulletin*. 47: 75-77.
- Greenblatt, S. (2012). "Presentación", en Valentí Fiol, Eduardo (ed.). *T. Lucrecio Caro. De rerum natura. De la naturaleza*. Madrid: Acantilado, 5-14.
- Grilli, A. (1971). "Epicuro e il matrimonio (DL X, 119)". *Rivista Critica di Storia della Filosofia*. 26: 51-56.
- Grimal, P. (1980 [1963]). *L'amour à Rome*. Paris: Les Belles Lettres.
- Kleve, M. K. (1969). "Lucrèce, l'épicurisme et l'amour", en *Actes du VIII^e Congrès de l'Association Guillaume Budé*. Paris: Les Belles Lettres, 376-383.
- Mas Torres, S. (2018). *Epicuro, epicúreos y el epicureísmo en Roma*. Madrid: UNED.

- Molina Sánchez, M. (1982). “La ideología de Lucrecio sobre el amor”. *Estudios de Filología latina*. 2: 147-160.
- (2017). “Literatura e ideología: a propósito de algunas versiones castellanas de Lucrecio”, en *EVROPA RENASCENS. Latín y vernáculo en los Siglos de Oro (Homenaje al profesor Juan Francisco Alcina Rovira)*, Congreso Internacional celebrado en Jaén-Baeza, 20 al 24 de noviembre de 2017, en prensa.
- (2018). “¿Matías Sánchez traductor de Lucrecio?”. *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*. 38.2: 345-352.
- Nugent, S. G. (1994). “Mater Matters: The Female in Lucretius’ *De Rerum Natura*”. *Colby Quarterly*. 30.3: 179-205.
- Snyder, J. M. (1976). “Lucretius and the Status of Women”. *Classical Bulletin*. 53: 17-20.
- Stearns, J. B. (1936). “Epicurus and Lucretius on love”. *The Classical Journal*. 31.6: 343-351.
- Taladoire, B.-A. (1974). “Lucrèce devant l’amour”. *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences humaines de Nice*. 21: 231-235.
- Vertue, H. St. H. (1956). “Venus and Lucretius”. *Greece & Rome* 3.2: 140-152.



Colección *Studia et Nugae*